

EL PENSAMIENTO NAHUATL RESPECTO DE LA MUERTE

POR ALBERTO RUZ LHUILLIER.

Por la valiosa información de los primeros cronistas y por los abundantes vestigios materiales que nos dejó la cultura mexicana, sabemos que ésta giraba alrededor de la religión, que todos los aspectos de la vida individual y colectiva se hallaban supeditados a creencias y mandatos religiosos. La creación y el funcionamiento del cosmos; los fenómenos naturales; las actividades agrícolas, artesanales, mercantiles, educativas, guerreras; el destino de los hombres, desde el nombre que debían de llevar, su carácter o temperamento, el oficio que les tocaría, su felicidad o miseria, hasta su modo de morir, todo se justificaba con la existencia, la actuación y las exigencias de las deidades. Una poderosa y complicada estructura sacerdotal servía de armazón al sistema político. Gran parte de los recursos materiales, de la energía y del tiempo de la población se invertía en la edificación de impresionantes centros ceremoniales dedicados principalmente al culto. Ningún hecho humano se concebía desligado de preceptos dogmáticos. Ninguna actitud, aunque fuera mental, debía apartarse de los patrones vigentes que regía la concepción mítica del mundo.

Uno de los problemas más trascendentales de las religiones, una de sus justificaciones, es suministrar al hombre la creencia de que su vida no termina con su fugaz paso por la tierra, y ya que la humanidad no ha logrado aún elaborar condiciones de existencia satisfactorias para las grandes mayorías, el más allá que brindan los diferentes credos refleja precisamente la suma de los anhelos frustrados que sufren los pueblos. Si los dioses han sido creados a la imagen de los hombres, los paraísos lo fueron a la imagen de sus deseos insatisfechos.

Para el espíritu racional del hombre, la idea del total aniquilamiento del ser es penosamente aceptable, y reconocer lo absurdo de una existencia efímera, intrascendente en el tiempo,

choca con su ansia de hallar para todas las cosas una causa y un fin. De allí la elaboración de doctrinas basadas esencialmente en la suposición de una supervivencia del ser, pero que divergen en cuanto a su destino final.

Conocemos perfectamente la respuesta que la religión azteca ofrecía a la angustia del hombre de su época y ámbito, angustia semejante a la de los hombres de todas las latitudes y todos los tiempos. El destino ultraterrenal del ser no lo condicionaba su comportamiento ético como en otras religiones, la cristiana entre éstas, sino las circunstancias de la muerte. Tres caminos se ofrecían en el más allá: El Tlalocan, o paraíso del dios de la lluvia; el Omeyocan, lugar de la dualidad, paraíso del sol; el Mictlan, llamado infierno por los cronistas.

El paraíso de Tlaloc estaba reservado a todos aquellos "que mataban los rayos, o se ahogan en el agua, y los leprosos, bubosos, sarnosos, gotosos e hidrópicos..."¹ así como a "los niños, o a lo menos aquellos que morían sacrificados en honor de Tlaloc".² Era un lugar en que había "muchos regocijos y refrigerios, sin pena ninguna",³ "lugar fresco y ameno... en donde abundaban de todos los mantenimientos y regalos de la vida".⁴

Al paraíso del dios solar ingresaban "...los que mataban en las guerras y los cautivos que habían muerto en poder de sus enemigos",⁵ y también las mujeres muertas en parto "...por ser valientes (como)... todos los valientes hombres que morían en la guerra".⁶ Los elegidos para este paraíso recibían allí "...las ofrendas que les daban en este mundo los vivos",⁷ y "...pasaban una vida deliciosa; que diríamente al salir el sol festejaban su nacimiento y le acompañaban con himnos, baile y música de instrumentos desde el oriente hasta el zenit; que allí salían a recibirle las mujeres y con los mismos regocijos lo conducían hasta el occidente".⁸

En cuanto al Mictlan, era para "...las ánimas de los difuntos que iban al Infierno... los que morían de enfermedad,

¹ Sahagún, 1946: Ap. Lib. III, Cap. II, p. 318.

² Clavigero, 1945: Tomo II, Lib. VI, Cap. I, p. 64.

³ Sahagún, 1946: Ap. Lib. III, Cap. II, p. 317.

⁴ Clavigero, 1945: Tomo II, Lib. VI, Cap. I, p. 64.

⁵ Sahagún, 1946: Ap. Lib. III, Cap. II, pp. 318-319.

⁶ Sahagún, 1946: Lib. VI, Cap. XXIX, pp. 595-596.

⁷ Sahagún, 1946: Ap. Lib. III, Cap. II, pp. 318-319.

⁸ Clavigero, 1945: Tomo II, Lib. VI, Cap. I, p. 69.

ahora fuesen Señores o principales, o gente baja".⁹ Se trataba de un lugar "...oscurísimo, que no tiene luz ni ventana",¹⁰ al cual se llegaba después de 4 años de duras pruebas, del cual no se salía y en donde "...se acababan y fenecían los difuntos".¹¹ Aunque Torquemada afirma que en tal infierno "eran atormentados los Malos",¹² el hecho de que allá iban todos los que no podían gozar de los paraísos de los dioses de la lluvia y del sol, independientemente de su condición social y de su conducta ética sobre la tierra, es de suponer que mal interpretó el cronista las duras pruebas a que estaba sometida el alma durante los cuatro años de su tránsito, pero no en el Mictlan en donde no existían tormentos y que era realmente el lugar de la nada, del aniquilamiento absoluto.

Esta diferenciación tripartita del destino final de los hombres habría de provocar en el pensamiento náhuatl actitudes en pugna con los dictados dogmáticos, desconcierto, duda, inconformidad y hasta rencor contra los dioses. Es decir, que frente al problema trascendental que para el hombre azteca planteaba el hecho de la muerte, el credo religioso resultaba arbitrario y no lograba apaciguar ni convencer al raciocinio humano, aunque le ofrecía una solución parcial e intencional.

La discriminación frente a la muerte, en que sólo una minoría alcanzaba accidental o voluntariamente la dicha ultraterrena, mientras que la inmensa mayoría carecía inexorablemente de toda esperanza en una vida eterna, no podía satisfacer ni tranquilizar el pensamiento del pueblo mexicana.

La preocupación que en forma obsesiva llena la literatura náhuatl sobre la inmanencia de la muerte, la fugacidad e inutilidad de la vida, las sombrías perspectivas del destino último del hombre por falta de seguridad en una existencia eterna después de la muerte, cuando no la certeza de la completa desaparición, dieron lugar a numerosos poemas que indudablemente no presentan actitudes individuales sino un hondo sentimiento colectivo, una permanente angustia frente al problema trascendental del hombre.

El primer motivo de lamentación es la conciencia de que la

⁹ Sahagún, 1946: Ap. Lib. III, Cap. I, p. 313.

¹⁰ Sahagún, 1946: Ap. Lib. III, Cap. I, pp. 313-314.

¹¹ Sahagún, 1946: Ap. Lib. III, Cap. I, p. 316.

¹² Torquemada, 1944: Tomo III, Lib. XV, Cap. XIII, p. 31.

vida tiene término, que el paso por la tierra es pasajero y que algún día es preciso irse:

“Sólo venimos a dormir
sólo venimos a soñar:
¡No es verdad, no es verdad que venimos a vivir en la tierra:
Cual cada primavera de la hierba así es nuestra hechura:
viene y brota, viene y abre corolas nuestro corazón.
algunas flores echa nuestro cuerpo: se marchita!”¹³

Después, hería el corazón de los cantores la idea de que esa idea era definitiva, que no se volvería a la tierra, que “No dos veces se nace, no dos veces se es niño”,¹⁴ y que tal fatídico mandato regía no sólo para la gente común, sino para los señores: “Oh, no segundo vez venimos a la tierra, oh príncipes chichimecás!”¹⁵ y que con ellos desaparecerían hasta su recuerdo y el de sus hazañas: “¿Nada mi nombre será algún día? ¿Nada mi fama será en la tierra?”¹⁶ Esta desesperación la sublimó el poeta en un canto desgarrado, hondo y bello:

“No hace más que decir mi corazón:
Ya no vendré otra vez,
Ya no otra vez he de regresar en tiempo oportuno a la tierra
¡Yo me voy, yo me voy!
.....”¹⁷

Infantilmente, pedía lo imposible: “¡Quiero flores que duren en mis manos!,¹⁸ pero con desolada seguridad sabía que, pese a su calidad o categoría, sería destruido.

“Yo soy una esmeralda: ¡seré perforado!
Yo soy oro: ¡seré el molde fundido!”¹⁹

La misma idea de la implacable destrucción que esperaba a las cosas y a los seres, por más valiosos que fueran, se repite varias veces en hermosas metáforas:

¹³ A. M. Garibay, 1953: p. 191.

¹⁴ A. M. Garibay, 1953: p. 190.

¹⁵ A. M. Garibay, 1953: p. 186.

¹⁶ A. M. Garibay, 1953: p. 176.

¹⁷ A. M. Garibay, 1953: pp. 185-186.

¹⁸ A. M. Garibay, 1953: pp. 185-186.

¹⁹ A. M. Garibay, 1953: pp. 185-186.

“Aun el jade se rompe,
aun el oro se quiebra,
aun el plumaje de quetzal se rasga.”²⁰

Sembrado el escepticismo en lo más hondo de su pensamiento, lo asaltaban dudas sobre lo que era el más allá, sobre la hipotética existencia que le esperaba:

“¿Se llevan las flores a la región de la muerte?
¿Estamos allá muertos o vivimos aún?”²¹

El poeta tlaxcalteca se resistía a pensar en que no habría regreso, y angustiosamente preguntaba:

¿Como una flor, acaso, lanzaré otra vez la semilla?
¿Como el maíz, acaso, me sembraré en mi padre y mi madre?
¿Y habrá de echar su grano, y medrar creciendo en la tierra?”²²

Sabía que “En un cofre y estuche esconde el que da la vida a los hombres, allí los envuelve”,²³ pero quería no perder la esperanza de encontrar allá a sus seres queridos: “¿Acaso los veré: fijaré en su rostro mis ojos? ¿Mi madre y mi padre vendrán a darme su canto y su palabra, que yo busco?”²⁴ Sin embargo se contestaba a sí mismo, abandonando toda esperanza: “Por eso es porque lloro: ¡Nadie yace allí!, nos dejaron huérfanos en la tierra.”²⁵

La duda respecto del misterioso más allá era tal que incluso de la vida misma empezó a tener dudas el pensador azteca, dudas de la realidad de su propia existencia:

“¿Dónde es, corazón mío, el sitio de mi vida?
¿Dónde es mi verdadera casa,
¿Do mi mansión precisa está?
.....”²⁶
“¿Tienen raíz, son verdaderos los hombres?”²⁷

²⁰ *Cantares Mexicanos*, cita de A. M. Garibay, 1953: p. 103.

²¹ *Anales de Cuauhtitlán*, cita de M. León-Portilla, 1959: p. 57.

²² A. M. Garibay, 1953: p. 199.

²³ A. M. Garibay, 1953: p. 199.

²⁴ A. M. Garibay, 1953: p. 199.

²⁵ A. M. Garibay, 1953: p. 199.

²⁶ A. M. Garibay, 1953: p. 190.

²⁷ Ms. de Texas 41v.-42r. (cita de Miguel León-Portilla).

Ante la perspectiva ineludible del destino que deparaban los dioses a la mayoría del pueblo azteca —su desaparición integral después de cuatro años de pruebas y sufrimientos— brotó no sólo el desconcierto, la duda, sino también el odio a la muerte: “Veo con odio la muerte y sufro. ¿Qué me resta que hacer?”²⁸ Pero lo más asombroso dentro del ámbito náhuatl, impregnado hasta la médula de misticismo y en que el pensamiento y la acción giraban alrededor del credo religioso, era la inconformidad del espíritu frente a la idea de aniquilamiento que se tradujo en amargos reproches a las deidades:

“Nadie de los hombres es tu amigo:
por breve tiempo se dan en préstamo
tus bellas flores: al fin flores secas!”²⁹

“Sólo nos marchitamos nosotros tus amigos.
Tú los vas destrozando como a las esmeraldas,
y también cual pinturas los vas borrando.

.....
¿En qué nos avaloras, oh dios?

.....
Lloro, pues cuando sientes hastío, dador de vida
las esmeraldas se quiebran, las plumas finas se desgarran.
Tú te estás mofando: ¡nada somos, en nada nos estimas,
nos destruyes aquí!³⁰

El poeta recordaba “al que da la vida” que no faltaba a sus deberes religiosos para con él, que lo veneraba como era debido: “Yo doy placer a tu corazón, oh Dador de la vida, te ofrezco flores, te ofrezco cantos;³¹ pero sabía demasiado bien que “alguna vez habrás de hastiarte, cuando tú me destruyas, y cuando muera yo”.³² El término de la vida humana lo fijaba el capricho divino, el hastío de quien se cansaba de recibir las ofrendas y las oraciones, por lo que incurrieron los poetas en verdaderas blasfemias: “¡Tú te muestras doliente, tú me eres adverso!”³³ . . . o “Aún con piedras preciosas, aún con ricos perfumes, nadie puede hablar aquí bien de quien da la vida!”³⁴

²⁸ A. M. Garibay, 1953: p. 197.

²⁹ *Cantares Mexicanos*, cita A. M. Garibay, 1953: p. 198.

³⁰ A. M. Garibay, 1953: p. 194.

³¹ *Cantares Mexicanos*, cita A. M. Garibay, 1953: pp. 146-147.

³² *Cantares Mexicanos*, cita A. M. Garibay, 1953: pp. 146-147.

³³ A. M. Garibay, 1953: p. 193.

³⁴ *Cantares Mexicanos*, cita A. M. Garibay, 1953: p. 147.

De esta actitud que llegó a la hostilidad contra los dioses, cansados por su indiferencia y crueldad para con la humanidad, surgió una tendencia filosófica epicureista: puesto que no había más vida que la terrenal, era preciso disfrutar de sus bienes y olvidarse de la muerte:

“¡Alegraos!
Nuestra casa común es la tierra.
En el lugar del misterio, allá,
¿También es así?
En verdad no es igual,
Sobre la tierra: flor y canto.
¡Existamos aquí!”³⁵

“¿Qué meditáis, qué recordáis, amigos míos?
¡Ya nada meditéis!
A nuestro lado brotan las bellas flores:
sólo así da placer a los hombres el dador de vida.
Todos, si meditamos, si recordamos,
nos entristecemos aquí.”³⁶

Sin embargo, no todo era lamentación, y algunas voces entonaban un aleluya al Creador, afirmando, no sabemos si con genuina sinceridad de creyente o en un esfuerzo para convencerse a sí mismos, que la verdadera vida no era sobre la tierra sino en un más allá en donde reinaba la dicha eterna:

“¡No es por cierto sitio de bien aquí,
otro es el sitio adonde todos van:
allá está la dicha: que sólo es vana en la tierra:
en otro sitio es el de vivir:
el de los que están descarnados!
¡Allá vaya yo, allá cante yo
con las hermosas, verdaderas aves,
allá sea feliz con las bellas flores:
fragantes flores que deleitan el alma,
que alegran, que perfuman, que embriagan!”³⁷

“Verdaderamente allá es el lugar donde se vive
me engaño si digo: tal vez todo
está terminado en esta tierra
y aquí acaban nuestras vidas.
No, antes bien, Dueño del Universo,

³⁵ Ms. de Texas, 41v.42r., cita de Miguel León-Portilla.

³⁶ *Cantares Mexicanos*, cita de M. León-Portilla, 1959: p. 210.

³⁷ *Cantares Mexicanos*, cita A. M. Garibay, 1953: pp. 261-262.

que allá con los que habitan; en tu casa
 te entone yo cantos dentro del cielo.
 ¡Mi corazón se alza,
 Allá la vista fijo
 junto a ti y a tu lado, Dador de la vida!³⁸

Quizá esta esperanza reflejaba uno de los aspectos de las creencias nahuas, en que una puerta quedaba abierta a la angustia humana. En efecto, si bien para el muerto ordinario (señor o plebeyo) el Mictlan sólo brindaba castigos y exterminación, y si para ciertas muertes accidentales (ahogados, fulminados) y algunas enfermedades, ofrecía sus delicias el paraíso de Tlaloc, estaba además el paraíso del dios solar, reservado a los guerreros muertos en combate, a los sacrificados, a las mujeres muertas en parto. Es cierto que se suponía que la muerte guerrera, en el sacrificio y el parto, la decidían los dioses como disponían también los demás hechos humanos, pero la embriaguez bélica, el arrojó en la batalla, el heroísmo, son resultantes de circunstancias ambientales y en última instancia de la volición humana. Entre todas las posibles modalidades de muerte, la del guerrero —la muerte a filo de obsidiana—, combatiendo o sacrificado, era la única que permanecía al libre albedrío del hombre azteca, la única que podía voluntariamente escoger, y la que le aseguraba la vida eterna. Por ello la cantaban los poetas aztecas:

“Nada como la muerte en guerra,
 nada como la muerte florida
 [Lejos la veo: la quiere mi corazón!”³⁹

“¡Corazón mío, no temas:
 en medio de la llanura quiere mi corazón
 la muerte de obsidiana!
 ¡Allá junto a la guerra
 quiere mi corazón
 la muerte en guerra!”⁴⁰

En paraíso destinado a los guerreros muertos no podía brindarles vida más deseable: acompañar al sol desde su diario nacimiento en el oriente hasta el zenit, simulando una batalla

³⁸ *Cantares Mexicanos*, cita M. León-Portilla, 1959: p. 214.

³⁹ A. M. Garibay, 1953: p. 215.

⁴⁰ A. M. Garibay, 1953: pp. 217-218.

a gritos y golpes de rodela.⁴¹ Era por lo tanto la máxima aspiración del hombre mexicana, la que de su propia decisión y valor dependía, la que le aseguraba feliz vida ultraterrenal, según la cantó el poeta tlaxcalteca:

“Dicen que sólo dentro del cielo es lugar de dicha,
que allí es donde se vive y donde se alegra uno
que allí está presto el atabal,
que allí se tiende el canto con que se disipe
nuestra tristeza, nuestro llanto.
Que la mansión en donde ellos viven es tu casa.”⁴²

Aunque tal existencia sólo duraba cuatro años, no acababa entonces el ser, ya que a continuación “las ánimas de estos difuntos se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica y de color, y andaban chupando todas las flores, así en el cielo como en este mundo, como los tzinzones lo hacen”.⁴³ Con esta metempsicosis al terminarse los fatídicos cuatro años que en una u otra forma eran de suma importancia para el alma de los muertos (en el Mictlan era el tiempo de pruebas antes de la destrucción definitiva, y en el Tlalocan, al cabo de estos cuatro años ocurría cierta metempsicosis para los niños sacrificados al dios de la lluvia⁴⁴ y⁴⁵), el espíritu de los guerreros muertos en la batalla o el sacrificio regresaba a la tierra.

Para resumir las diferentes posibilidades que confrontaban el hombre azteca en relación con la muerte y su destino ulterior, establecimos el siguiente esquema:

<i>Tipo de muerte</i>	<i>Destino del alma</i>	<i>Lugar final</i>	<i>Causas del fallecimiento</i>
INVOLUNTARIA	SALVACION	ANIQUILAMIENTO MICTLAN	Enfermedades generales y vejez.
		TLALOCAN	
VOLUNTARIA	SALVACION	OMEYOCAN	Parto.
		OMEYOCAN	Heridas mortales en el combate o sacrificio de prisioneros.

⁴¹ Sahagún, 1946: Ap. Lib. III, Cap. II, p. 318.

⁴² *Cantares Mexicanos*, cita A. M. Garibay, 1953: p. 145.

⁴³ Sahagún, 1946: Ap. Lib. III, Cap. III, p. 319.

⁴⁴ Clavigero, 1945: Tomo II, Lib. VI, Cap. I, p. 641.

⁴⁵ A. M. Garibay, 1958: p. 64.

Vemos en términos generales que la muerte puede ser involuntaria (la inmensa mayoría de los casos) o voluntaria. Es cierto que la muerte del guerrero en el combate o después en el sacrificio estaba supeditada a las peripecias de la lucha armada, pero cuando menos era ansiosamente deseada: "¡Allá junto a la guerra, quiere mi corazón la muerte en guerra!",⁴⁶ y consecuentemente buscada, provocada y fácilmente alcanzable. Las modalidades del fallecimiento involuntario determinaban como ya vimos una alternativa: 1) para la mayoría de los que fenecían por enfermedades generales y vejez, por lo que podemos llamar las causas más comunes de defunción, y sin tener en cuenta su posición social, sexo, edad y conducta ética sobre la tierra, no existía salvación alguna sino después de cuatro años de doloroso tránsito, la desaparición integral y definitiva en el oscuro y misterioso Mictlan; y 2) para los relativamente escasos que morían de ciertos accidentes o enfermedades, la seguridad de su salvación eterna, con la posibilidad de tener acceso al Tlalocan, paraíso del dios de la lluvia si habían perecido ahogados, por el rayo o alguna enfermedad relacionada con el agua, o bien al Omeyocan, cerca del Sol, dador de la vida, en el cielo occidental, el Cihuatlampa, si se trataba de mujeres muertas de parto, quizá más particularmente de primer parto.⁴⁷ Pero lo que denominamos muerte voluntaria, con la aclaración de que era ansiada por los guerreros y al alcance de su temeridad, la salvación estaba asegurada, con la promesa de cuatro años de gozo bélico al lado del sol, en el paraíso oriental, y la ulterior metamorfosis en aves de ricos plumajes.

Se desprende de estas creencias de los antiguos Mexicanos respecto de una existencia ulterior a la muerte, que una marcada y deliberada discriminación se hacía a favor de aquellos que podían elegir la forma y frecuentemente el momento de su muerte: los guerreros, sea que cayeran en el fragor de la lucha o serenamente sobre la piedra de los sacrificios. Es obvio también que para el mayor número de los casos —las muertes naturales por enfermedades ordinarias o vejez— los dioses aztecas no sentían la mínima compasión, y sólo les deparaban sufrimientos y completa desaparición.

⁴⁶ A. M. Garibay, 1953: pp. 217-218.

⁴⁷ Sahagún, 1946: Lib. I, Cap. X, p. 29.

Tal discriminación no era por supuesto casual, sino que completaba en el campo anímico la tremenda coerción de un sistema en que la guerra jugaba un papel primordial, guerra encauzada hacia el dominio de todos los pueblos mesoamericanos. El credo religioso propiciando el espíritu bélico secundaba los designios y las ambiciones políticas de una teocracia estrechamente ligada a la clase militar. Aunque tal credo sumía en el desconcierto y la desolación a la mayoría de la población, negándole toda esperanza en una vida de ultratumba, por otra parte se convertía en un instrumento definitivamente eficaz al brindar a la angustia del hombre respecto de su destino final una posibilidad única de esperanza al alcance de su voluntad (siendo casuales las que se ofrecían a las parturientas, como a los ahogados y otros protegidos de Tlaloc); la salvación por el heroísmo bélico, aunque para ello encadenaba su raciocinio y su acción a las exigencias de un régimen totalitario y agresivo.

BIBLIOGRAFIA

- CLAVIGERO, FRANCISCO JAVIER: *Historia Antigua de México*. Colección de Escritores Mexicanos núm. 8. México, 1945.
- GARIBAY, ANGEL MARÍA: *Historia de la Literatura Náhuatl*. México, 1953.
- *Veinte Himnos Sacros de los Nahuas*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1958.
- LEÓN-PORTILLA, MIGUEL: *La Filosofía Náhuatl, estudiada en sus fuentes*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, Seminario de Cultura Náhuatl. México, 1959.
- SAHAGÚN, BERNARDINO DE: *Historia General de las Cosas de Nueva España*. México, 1946.
- TORQUEMADA, JUAN: *Monarquía Indiana*. México, 1944.

